

La filiación y la tolerancia a la diversidad

Leonardo Peskin

Introducción

Para considerar esta propuesta tengamos en cuenta el tránsito que hace el humano desde el desvalimiento de origen al origen del sujeto como asunción de filiación, por ende, de sexuación.

Esto lo va haciendo en el recorrido que tiene que hacer todo niño desde la condición de mamífero dependiente del cuidado materno, hasta constituirse como sujeto humano independiente. Entre estos dos estados hay una brecha que debe ser sorteada, nunca de un modo sencillo. Si bien hay signos de subjetividad muy tempranos, para que esta se consolide, deberá atravesar la infancia, la pubertad y la adolescencia. Aun así, los rasgos iniciales de dificultad para alcanzar la condición subjetiva, los seguimos notando en nuestros consultorios en pacientes adultos. Recordemos la máxima freudiana según la cual detrás de toda neurosis en un adulto hay una neurosis infantil. Si ampliamos el enfoque a los postfreudianos podemos señalar que la dinámica yoico-narcisista y la relación de objeto, remite siempre a esos modos primordiales, en algún sentido insuperables, que vemos desde la más temprana infancia. Podemos pensar todos estos pasos como la muy particular asunción de filiación, tanto como hijo o hija de ciertos padres como de pertenencia a una tribu, una etnia, una cultura en un momento histórico de cada uno de esos contextos.

Psicología evolutiva psicoanalítica y la construcción de la filiación, entre Narciso y Edipo

Observemos que, para explicar este pasaje, el psicoanálisis se sirvió de relatos trágicos. Así, afirma que en cada persona se ven recreados el mito de Narciso y la tragedia de Edipo. El uso de este enfoque para teorizar el desarrollo del ser humano deriva de tener en cuenta que nacemos con carencias biológicamente determinadas. La primera, al decir de Lacan, es el desarraigo instintivo de la especie; la segunda, no menos importante, es la inmadurez que genera el desvalimiento inicial con el que nacemos, lo que nos ha valido el nombre, dentro de la zoología, de crías *altriciales* (con carencias en nuestras capacidades auditivas y visuales, con una ausencia casi total de pelo y con incapacidades motoras). Esto último, como producto de la intolerancia biológica de la madre a conservar más de 9 meses al bebé en el vientre, ya que no podría parirlo, dada la proporción que existe entre la configuración pelviana en los humanos y el tamaño encefálico del bebé. En oposición, otras especies tienen crías *precociales*, con mayor madurez al momento de nacer.

Esta condición inmadura de las crías humanas proviene de las transformaciones que implicó la bipedestación en la evolución de la especie y es descrita como prematuridad, fetalización, espasticidad, etc., del recién nacido. La ausencia de mielinización de los nervios y la inmadurez de muchos sistemas, como el inmunológico, incrementan la extrema dependencia del amor y el alimento materno. No obstante, estas "carencias en ser" dan lugar a la enorme potencialidad humana, ya que en cierto sentido está todo por hacerse, a partir de disposiciones que no aparecen en otros mamíferos, lo que también determina el modo singular como se constituye el yo humano. Esa vertiente lo llevó a Freud a introducir el narcisismo como pieza teórico-clínica, ineludible para comprender cualquier conducta del ser humano, desde el inicio de la vida hasta el fin de sus días. Y Freud nos aclara que el yo se configura a partir de una nueva acción psíquica. Es decir, que se debe configurar; antes está solamente la capacidad innata para que se produzca.

Por otro lado, el humano debe asumir un orden simbólico totalmente distinto al de otros mamíferos como camino de acceso y construcción del mundo que configura toda su realidad. La ruptura del signo lingüístico saussureano equivale a sacarlo de la fijeza que implica la correspondencia entre un significado y un significante, algo que parece imprescindible para comprender la relatividad humana en la asunción y el uso del significante. Ahora bien, hay aptitudes constitucionales que le permiten al ser humano tratar el símbolo con tanta libertad. La asunción de la pertenencia a una

cultura y la adquisición del lenguaje para dejar de ser *infans* y pasar a ser *parlêtre*, según Lacan, requieren de un elemento ordenador y estabilizador llamado Nombre del Padre. La realidad se crea en la interacción del *infans* –carente de habla y lenguaje– con la cultura, que necesariamente proviene del universo donde se configura como sujeto. Estos pasos se extienden más allá del discurso de sus padres, durante la pubertad y la adolescencia, aunque en buena medida pasa por ellos. Los padres son agentes de un discurso de época y transmisores de los emblemas que fueron vigentes en sus orígenes. También consideremos que pueden ser transmisores de las carencias emblemáticas y las marcas traumáticas de su propia anomia. En los inicios más precoces de la vida se encuentran en germen todos los elementos que se irán entrelazando, anudándose y desanudándose hasta que el sujeto alcance su autonomía, si la alcanza. Autonomía siempre relativa, ya que la especie humana es gregaria y nace, se desarrolla y muere en un universo construido desde diferentes grados de alteridad. Recordemos la expresión de Apollinaire: “quien come ya no está solo”¹.

Entonces, tenemos, por un lado, las carencias que configuran una gran fragilidad, la dependencia del medio ambiente y la necesidad del cuidado que debe proporcionar alguien que haga de madre, y, por otro lado, las enormes potencialidades viabilizadas por las capacidades de manejar procesos de simbolización que son independientes de las tendencias a la adaptación y a la supervivencia. Esta libertad en el uso de los procesos de simbolización facilita en el ser humano el sesgo transgresivo, y quizás potencialmente perverso, según las categorías psicoanalíticas. Esta calificación está exenta de toda valoración moral, y se liga a la idea freudiana de las tendencias “perverso-polimorfos” del *infans*. Que quizás debiéramos denominar tendencias polipulsionales, ya que aún no podrían ser perversas al carecer de los recursos simbólicos para construir las como tales. El sujeto humano se configura a partir de un conflicto nunca del todo saldado con relación a las imposiciones culturales contra las que siempre se rebela. La libido, que busca durante años, por medio de la apoyatura en diferentes funciones corporales, dónde resolverse, recién encuentra capacidad expresiva en la pubertad, cuando existe la posibilidad real de consumir actos sexuales genitales. Sin embargo, todo lo preliminar deja sus improntas como goces corporales nunca del todo integrables. A esto se agrega que la cultura no tiene ni brinda suficientes recursos para definir la lógica de la sexuación, ya que un solo significante, el falo, configura por presencia o ausencia a ambos sexos, lo que deja en cierta ambigüedad lo masculino y lo femenino. Estas limitaciones son fuentes, en el mejor de los casos, del malestar en la cultura, y en el peor de los casos, son lo que

¹“El encantador putrefacto” citado por Lacan al final del Seminario 3.

determina la neurosis, la perversión y la psicosis como expresiones clínicas de los inefables desajustes de la asunción del lenguaje y la dificultad para significar la castración, la sexuación y la muerte. Así comprendemos que se esté permanentemente en la búsqueda en los tratamientos de un orden que llamamos sujeción a la castración, y que el analizante, por su parte, siempre objete ese orden intentando otro que satisfaga más los impulsos del sujeto. Esto es lo que antes mencioné como el sesgo de la tentación a la perversión, entendido como la creación de la propia versión del padre, la propia ley que eluda el rigor y permita un mayor dominio del goce. Esta dramática se conservará como fantasía en el adulto neurótico, pero en la infancia tiene una expresividad directa, no reprimida.

Caractericemos, en primer lugar, algunas hipótesis acerca del modo como se configura el yo en los primeros momentos de la vida, abriendo, como dice Lacan, el umbral del mundo visible. Este drama, que reproduce la tragedia de Narciso, es un paso obligado para acceder a la humanización. Sin este yo, por más precario que lo consideremos, en ese individuo, no hay investimento del mundo y no lo habrá a lo largo de toda su vida. El yo es lo que crea la primera concepción del mundo y de sí mismo, donde la fase del yo de placer "encubre" la del yo de realidad primitivo; y recién al organizarse un aparato psíquico mediante la represión fundante del inconsciente se constituye un yo de realidad definitivo, el que nunca excluye la vigencia del narcisismo. El principio de realidad se impone al de placer cuando hay suficiencia simbólica de carácter subjetivo como para frustrar al yo narcisístico y dar lugar al pensamiento, la creación y la sublimación. Es decir que la realidad inicial está fundamentalmente mediada por el yo, que se construye como una *imago* de lo que el *infans* supone ser. Y una vez constituido se rige por las reglas imaginarias que lo llevan a oscilar entre una unidad que no tolera ausencias ni faltas, acompañada de vivencias de júbilo, y una disgregación que lo hace caer en la mayor desolación y agresividad.

Esta descripción es necesariamente incompleta si no se tiene en cuenta cómo en esos momentos iniciales, narcisísticos, ya está emergiendo la subjetividad, más ligada al eje edípico. Edipo y Narciso se entrecruzan aún antes del nacimiento del niño, en la expectativa de los padres, que algunos autores han denominado "deseo de hijo". Y en la ambivalencia de amor-odio que la cultura misma tiene en el tratamiento de los niños. Sin férreas leyes simbólicas que protejan a los niños, estos pueden ser atacados implacablemente por sus propios padres y hermanos. Las tendencias filicidas y fratricidas son inexorables; solamente el simbolismo fuerza la transformación del odio en amor y protege a los niños. Ya que el desarraigo instintivo de la especie no permite un desarrollo maternal, paternal o fraterno "natural", estos

se adquieren a partir del discurso social que los promueve. Los diques de protección sustentados por las leyes simbólicas que prohíben la realización del incesto son los mismos que los que protegen a los niños de las tendencias filicidas de sus padres. Debemos considerar que lo incestuoso no es solamente el parricidio y la posesión sexual de la madre; incestuoso para el psicoanálisis es todo acto de descarga directa pulsional sin la mediación simbólica que transforme ese impulso tanático directo en algo subordinado a una cultura. Consideremos que si para una cierta cultura la relación con los padres no es incestuosa, lo será otra cosa, tal como lo estudió Levi Strauss. Volviendo al tema de los orígenes y los desarrollos posibles, podemos observar que estos, más que una cronología prefijada, van siguiendo una temporalidad lógica. Hay tiempos que tienen que ser posteriores por razones de secuencias o de consecuencias de tiempos lógicos anteriores. Probablemente podríamos hacer una analogía con la embriología, no porque piense en estas secuencias como predeterminadas genéticamente, sino porque la embriología sigue una modalidad morfogenética que sería un buen modelo para pensar las idas y vueltas secuenciales de la conformación del psiquismo. Si tomamos los tres registros de Lacan: Imaginario, Simbólico y Real, veremos que están interaccionando desde un principio, pero cada uno de ellos va adquiriendo jerarquía diferente en los distintos tiempos. Por ejemplo, la envoltura imaginaria que configura al yo envuelve lo real pulsional que es su núcleo. Algo similar sostiene Freud cuando describe al Yo como una superficie psíquica que reviste al Ello. Pero simultáneamente lo simbólico ya está sosteniendo en el discurso de los padres todo el avance de estos procesos y, al modo embrionario, hace que el narcisismo, una vez consolidado, deba retroceder, involucionar o transformarse, para dar lugar al deseo como destino pulsional. Así como ciertos órganos transitoriamente se desarrollan para luego involucionar y dar lugar a que se formen otros más definitivos.

En términos freudianos, al mismo tiempo que emerge el Yo como superficie que envuelve al

Ello y se ofrece para que la pulsión lo tome y constituya el narcisismo, se va construyendo el sistema represivo fundante del inconsciente y del ordenamiento simbólico del aparato psíquico.

Estos movimientos de avance, retroceso, repliegue y anudamiento terminan imbricando las estructuras psíquicas de tal manera que lo anterior queda subsumido en lo posterior, en un proceso de continua resignificación.

Así, vemos que mientras el *infans* se aliena progresivamente en el lenguaje, la cultura condiciona y ofrece sus objetos yoicos. Como si se tratase de un doble ejercicio simultáneo de tonificación narcisística que busca el placer y la reafirmación

imaginaria, y de simbolización de lo perdido o lo inalcanzable para tolerar la frustración de no poseerlo y descargar los impulsos. El *Fort Da* freudiano es un ejemplo paradigmático del ir y venir del objeto, su nominación en las fases de ausencia-presencia y la sutil observación trascendente de que la fase de expulsión, de manejo activo de la pérdida, es más extensa, es dominante. Así, vemos tres ritmos simultáneos: lo imaginario lúdico ligado al placer de lanzar y recuperar el objeto, lo simbólico de nominar las fases como *Fort* y *Da* y lo trascendente de lo real vinculado a la repetición y la pérdida como pulsión de muerte.

Los padres como agentes de las funciones que determinan la filiación

Otro aspecto trascendente que caracteriza a la temprana infancia es la relación con la madre. Quizás, para ser más precisos, debemos decir con los padres o los que cumplan esos roles, el de madre como protectora nutricia, y el de padre como agente de la cultura, la ley y la interdicción del incesto. Es evidente que lo que cuentan son las funciones y que, aunque siempre fue así, hoy en día queda claro que estos papeles de agentes de las funciones los pueden desempeñar hombres o mujeres. Incluso una misma persona puede desempeñar ambos papeles, como acontece en cualquier época en casos de orfandad, o de abandono de niños. No obstante, es importante evaluar dentro de las categorías psicoanalíticas qué lugar ocupa el niño para el que cumple esas funciones. Es así como podemos afirmar que un niño puede ser para su madre un objeto de su fantasma, un valor fálico o un síntoma. Estas tres alternativas van a incidir en la predisposición de ese hijo a constituirse como sujeto, y también en qué características va a adquirir su narcisismo de acuerdo con el tratamiento que le den en esa ubicación. Por supuesto que esto no es absoluto, porque el valor relativo de ese trato materno incidirá más o menos según cómo operen otros factores, como el paterno, o la capacidad misma del niño de responder a esa actitud materna. A esto se debe que sea muy difícil hacer pronósticos basados en un momento de la relación entre madre e hijo. Sin embargo, aun incluyendo la intrincada complejidad de factores que inciden en lo que será un niño, debemos estar advertidos de que tratarlo como cosa lo predispondrá a una patología severa, quizás una psicosis. Si está muy falicizado, al límite de la fetichización, tendrá una predisposición a la perversión, y si los padres trasladan sus conflictos hacia ese hijo, este probablemente será neurótico.

En los tiempos que corren no podemos soslayar las predisposiciones constitucionales, sean hereditarias o congénitas, que condicionan el modo como va a ir conformándose un sujeto. Hay evidencias genealógicas y neurofisiológicas que

indican predisposiciones a tal o cual patología, y aunque no haya una certeza absoluta, no podemos desatender ese determinismo. Yo prefiero darle el estatuto de constitucional o de real, que luego se verá cómo se anuda a la historia y a lo desencadenante, configurando las clásicas series complementarias. Sin embargo, en algunos casos lo constitucional es tan intenso que hace difícil confiar en que sea "compensado" por otros factores. Pero lo que da esperanzas a nuestra intervención clínica es que, si el diagnóstico es correcto, habrá posibilidades de buscar el mayor alivio posible al padecimiento por el que se nos consulta. Ahora bien, debemos declinar toda omnipotencia cuando la patología es severa, y convendría saber dar lugar a tratamientos farmacológicos, psicopedagógicos, de rehabilitación en general, así como a la intervención de la asistencia social y judicial en muchos casos. El pasaje de la condición inicial de carencia del recién nacido a la posibilidad de emergencia de una subjetividad que permita un bienestar, es siempre un largo camino con muchos momentos vulnerables. Cuando somos convocados en cualquier sentido, ya sea para hacer prevención o alguna forma de tratamiento, no podemos desconocer que hay otros que saben de ciertas cuestiones más que nosotros. Y que de algunas cuestiones sabemos nosotros más que otros, pero ninguno es, al decir popular, "dueño" de la verdad. No obstante, la experiencia nos permite saber cuándo interconsultar y cuándo estamos nosotros capacitados para abordar un caso.

Sería interesante que los psicoanalistas adquirieran la envergadura social y profesional como para ser consultados por otros especialistas en aquellos casos que excedan las posibilidades de estos últimos, algo que creo que se promovería más fácilmente si el interjuego de ambas alternativas fuese habitual, que nosotros consultemos para que a nosotros nos consulten.

En esta misma línea es importante tener en cuenta que en muchos casos hay que dar lugar a tratamientos de pareja y familia, o a la derivación de los padres a tratamiento. Sabemos que muchas cosas se resuelven trabajando más en ese nivel que realizando el tratamiento del niño, especialmente cuando la causa del padecimiento radica en los padres o en el entorno.

El momento histórico como condicionante de la subjetividad alcanzable y la definición sexuada

El psicoanálisis como cualquier disciplina se inscribe dentro del marco de una época, la que le solicita una definición en cuanto a las controversias que la atraviesan. Nosotros debemos medir nuestras respuestas como frente a cualquier demanda, que

no caigan en complacencias imaginarias sino que sostengan el determinismo de las reglas inconscientes que son el basamento de nuestra teoría. Esta tarea no es sencilla, porque nosotros somos influenciados por los mismos intereses encubridores del discurso que nos interroga y estamos afectados por el propio psicoanálisis cuando se vuelve ortodoxo. Una de las controversias que atraviesa nuestra época se refiere a la tolerancia o intolerancia a lo diferente. Este tema abarca todo tipo de diferencias que van desde la tolerancia al extranjero o al devoto de otra religión, pasando por cualquier diferencia ideológica hasta todo el universo de elecciones sexuales y sus prácticas.

Ensayemos respuestas con relación a las cuestiones de orientación sexual. Uno de los pilares del psicoanálisis es la sexualidad, íntimamente relacionada con el concepto de pulsión, la que mueve el deseo. Este encadenamiento requiere del concepto de inconsciente. Así, llegamos a un planteo inicial freudiano, de que todo acto psíquico está movido por un deseo sexual infantil edípico reprimido. De esta manera se construye un dispositivo teórico, que provee un motor que opera sobre una serie de eslabones, hasta alcanzar la realización de un pensamiento, una fantasía y un accionar en el mundo.

Lo que está en debate en estos días acerca de la definición sexual y la asunción de género es cómo se construyen los eslabones representacionales sobre los cuales la pulsión actúa y en qué medida estos son elegibles. Una respuesta es que el inconsciente, si lo pensamos como una compleja organización simbólica, tiene plasticidad como para darnos muchos caminos para que la pulsión alcance su realización. Lo que está cuestionado es si ese universo de opciones de tránsito pulsional requiere de un posicionamiento esquemático como hombre o como mujer. Esto se extiende a todas las repercusiones que esas categorías traen como papá, mamá, hijo o hija de tal o cual. Si aceptamos que la constitución humana requiere del lenguaje que la saque de la situación de infancia, comprenderemos que un lenguaje, cualquiera que sea, tiene un orden. El factor organizador del lenguaje, en la teorización freudo-lacanianana, se plantea como la significación fálica, así quedan ligadas la sexualidad y la esencia simbólica de la humanización. La organización simbólica debe definir de un modo estable un par de opuestos, ausencia-presencia, que acoten la ilusión narcisista de eterna presencia. Lo que quizás está en controversia en todas las dimensiones sociales de nuestra época es quién y cómo se establece ese valor referencial organizador y sobre qué se basa la diferencia, operación afectada por la idealización imaginaria. Una pregunta es si lo hace alguien (Dios, el Rey, el mandatario, el Padre, una Madre) o si se realiza cuando la organización misma lo efectiviza, al alcanzar un equilibrio intrínseco a la estructura.

Consideremos que lo imaginario como expresión del narcisismo siempre va a procurar alguien que nos gobierne, nos ame y establezca el valor de referencia.

En cada sujeto, esta dramática de origen se recrea y termina constituyendo un sujeto y algún destino para la pulsión, parcialmente sostenida por un deseo, buscando un camino de descarga, sea por vía sublimada o directa. El ideal y la demanda narcisista de amor operan siempre. El amor que anhela lo completo y el deseo que se basa en la falta conviven en eterno conflicto. Así se van estableciendo eslabones que marcan un camino mediante fijaciones que operan como pilares de la represión. Este ordenamiento establece lo posible o lo imposible de un modo estable. Se trata de un cuerpo que está vivo y procura realizar su vida, algo empuja e insiste, al decir de Lacan "lo que no cesa de no inscribirse" y busca una inscripción.

Para esto que busca ser inscripto en la constitución de un sujeto, Lacan nos ofrece un cuadro lógico con opciones que son sus fórmulas de la sexuación, dando a elegir cómo se ubica cada "ser hablante", sean hombres, mujeres u otras asunciones de la sexuación, frente a la pulsión, a las categorías simbólicas de organización del lenguaje y en especial frente al valor de referencia que la cultura le ofrece. Así quedarían acomodados el yo y el Ideal del yo en la configuración del narcisismo, el destino de la pulsión, la feminidad y la fantasía como sostén del deseo para que emerja la realidad.

En este contexto, el Ideal del yo marca la orientación de identificaciones en el inicio de la sexuación, pero será el modo en que el sujeto asume simbólicamente estas propuestas ideales. Por otro lado, otro tipo de identificaciones simbólicas son las que ratifican o rectifican el destino de elecciones de objeto y modos de goce sexuales, que terminan siendo singulares e íntimos de cada sujeto. Estos tiempos son cronológicos en el desarrollo de cada persona, pero se transforman en el decurso de los acontecimientos, dando plena vigencia al concepto de resignificación. Así comprendemos una dialéctica simbólico-imaginaria para resolver lo real.

Utilizaría una expresión que le escuché decir a Eric Laurent hace muchos años, "cada uno hace el nudo como puede", y le agregaría, en cada momento de la vida. Es interesante que la sexuación a asumir es optativa y móvil, dentro de la restricción que impone la fijación. La fijación no es absolutamente inamovible, pero no es fácil moverla, lo vemos en nuestra experiencia clínica, donde observamos que cambiar una tendencia repetitiva es lo más difícil. Esto hace comprender por qué cambiar de sexo no sea sencillo, en especial obtener placer con el cambio, aunque estuviéramos insatisfechos con la condición anterior. También es importante la relación entre trauma y fijación, lo que explica la orientación sexual de acuerdo a las experiencias vividas que siempre, en mayor o menor medida, tienen algo traumático. Así es cómo,

a consecuencia de situaciones traumáticas, se modifica la orientación y el goce sexual, en particular los abusos y las violaciones.

Aquí se abre un tema interesante: si los obstáculos religiosos, jurídicos o culturales no hacen más que remedar lo trabajoso que es cambiar un destino de goce. Aunque parezca tentadora la libertad de hacerlo, implica una reconstitución de lo diseñado en la infancia cuando ya no somos *infans* y perdimos la plasticidad originaria. Se trataría de reinscribir lo forcluido (lo no inscripto), cuando precisamente por forcluido caducó el período de ventana para la inscripción, a menos que la tendencia originaria hubiera sido contrariada por la presión cultural.

Las categorías culturales en las que se inscribe la subjetividad

Aquí entraríamos en un punto muy complejo que es hasta dónde podemos prescindir de las categorías hombre, mujer, falo, sexualidad, Edipo, etc. Entiendo que sería eventualmente posible y quizás está en curso, pero habría que hacer una reconstrucción cultural, jurídica, religiosa, etc., y también del psicoanálisis. Dado que el psicoanálisis es una "ciencia conjetural", se pueden hacer cambios, aunque tenemos la advertencia freudiana de que los cambios pueden ser del edificio, no del basamento. Lo que es importante destacar es que un cambio, en especial de cuestiones arraigadas, como las fijaciones, requiere un proceso de duelo. Se abre un agujero y hay que resolver sus bordes, para luego lograr alguna sustitución que sea genuinamente metafórica, es decir simbólica no solo de apariencias. Un duelo implica paradójicamente conservar la falta de lo perdido; el agujero de la "falta en ser" que nos permite ser sujetos debe persistir. Recordemos la afirmación freudiana:

"Así (como el padre) debes ser", sino que comprende también la prohibición: "Así (como el padre) no te es lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas".

Esta afirmación podemos parafrasearla referida a algún arquetipo social más allá del padre y la madre. Abstrayendo el imperativo de una referencia definida en cuanto a los padres quedaría como cualquier modelo a alcanzar de cómo ser: "como yo has de ser y como yo no has de ser", el "no has de ser" marca la prohibición del incesto y el "has de ser" sería el imperativo a una definición como sujeto marcando el goce a resignar, pero empujando a la operación de alienación a un discurso de época. Es la fórmula más contundente para definir la filiación, dos mandamientos a cumplir que deben ser descifrados para ser un "buen hijo". Es de esperar que en el discurso que

determina a cada sujeto queden claras las claves de que la alienación y la resignación a la satisfacción deseante no sean excesivas.

Por ahora, estamos en medio del debate y la rápida instrumentación de cambios, que tendremos que ir viendo cómo van resultando. Un asunto trascendente en cuanto a la diversidad es definir que la discriminación se presta a dos significaciones radicalmente opuestas. Una es la segregación de alguien por razones raciales, de definición sexual o de condición física, que es la forma temible del uso de esta palabra. La otra significación es la discriminación como distinción de algo como diferente a otra cosa, que es un paso imprescindible que brinda el acceso al lenguaje, a la separación de un objeto primario y la posibilidad de reconocer a otro. Entiendo que se confunde permanentemente el uso de estos dos significados tan opuestos. Por ejemplo, en las cuestiones de género objetar que se diga algo de la mujer, del hombre, del transexual, del *queer*, etc., por el mero hecho de nombrarlo se cae en discriminarlo en el peor sentido. Lo mismo al decir negro, judío, musulmán, amarillo o blanco.

Se nos abre un amplio "espectro", término muy de época, que va desde la discriminación fecunda hasta la siniestra. En todo "espectro" se abre una curva que va desde un extremo al otro. Esto se puede ejemplificar con el abanico de posiciones sexuales que son solicitadas socialmente, en un extremo, la "esquemática claridad" de dos posiciones, hombre y mujer; en el otro, la incierta diversidad. En medio de este abanico queda: ¿qué acontece en cada caso? Cómo en cada historia y cada sujeto se las arregla para definir su posición sexuada dando toda la relevancia a las "consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica". Hoy en día no podemos dejar de agregar a esas consecuencias psíquicas lo cromosómico y lo hormonal. Obviamente entramos a interactuar con otro amplio "espectro" de disciplinas y ciencias, que no son lo mismo; cada una tiene lo suyo para decir, otra expresión de la diversidad. Y en la consideración de esta multiplicidad de situaciones y opiniones doctas tenemos la debilidad humana de construir sistemas de creencias, que buscan un saber que pueda contra la necesaria incertidumbre. No cabe duda que creer fervorosamente en una explicación es tener una respuesta que alivia las atormentadoras preguntas, que en lo social y en la neurosis son intensamente angustiantes. Entonces aparece la figura de la fe y hacia allí se dirige la pasión adornada con el amor. Todo esto es válido para una religión, una ciencia o un vínculo de pareja, familia, filiación, etc. Y los analistas formamos parte de las personas a los que se les mueven los mismos resortes. Basta con adherir a un sistema de saber, un autor, una escuela y dirigir hacia ese referente nuestras transferencias. Por un lado, se hace la luz, pero, por otro, queda incrementada la oscuridad. Se pueden dar

cuenta de que estoy hablando de variedades de Eros y Tánatos quitándoles connotaciones morales de bueno y malo.

Debemos mencionar como cuestionamiento de época el tema de la perversión. El primer señalamiento es separar perversión de perversidad como crueldad. Estamos en un problema parecido al de discriminación. La perversión tomando a Lacan es la propia versión del Padre, se trata de algún grado de posicionamiento en cuanto a la realidad consensual por medio del mecanismo de desmentida. No afecta en nada la dignidad del sujeto, así como no lo hacen la represión o la forclusión. Y atañe particularmente a la sexualidad; paradigmáticamente se vincula con el fetiche, forma fálica imaginaria que opera en algún grado universalmente en la construcción del objeto erótico para hombres y para mujeres, intentando rehuir la temida ausencia de un sostén en el momento de goce.

En cuanto a la homosexualidad, no es una estructura en sí misma, por eso aparece con múltiples expresiones en todas las estructuras clínicas, en mayor o menor medida, y con expresiones sublimadas o realizadas en todas las actividades sexuales. Lo que termina definiendo la dominancia de la homosexualidad es la fijeza en la elección del objeto como predilección de canalización del goce; como en cualquier forma sexual hay preferencias de rasgos o características del objeto amoroso o erótico que no es lo mismo. Es importante considerar si el goce alcanza algún grado de placer. Podríamos abrir el capítulo de lo inclasificable si exigimos a la nosografía, lo que nos lleva nuevamente a la diversidad "espectral" de la clínica de borde, que nos interroga todos los días en todos los casos. Muy probablemente reflejan el cambio cultural que muestra que todo lo establecido como norma se relativiza, este es un largo tema a debatir, en especial, qué respuesta da el psicoanálisis, rotos cierto clichés.

Resumen

La presentación vincula la tolerancia a la diversidad con la conformación de la subjetividad. El sujeto se constituye a lo largo de diferentes pasos lógicos y cronológicos que determinan la asunción de filiación, la sexuación y el estatuto de los otros. Según como se produzca esta configuración, adquiere nitidez tal o cual asunción de género y se define la elección o exclusión de objetos. Esto es válido tanto en la orientación sexual, como en las afinidades o intolerancias en las dinámicas sociales.

Año 2019, N° 24

Palabras clave

Diversidad - tolerancia - sexuación - género - subjetividad.

Filiation and tolerance to diversity

Summary

This paper links tolerance to diversity with the conformation of subjectivity. The subject is constituted along different logical and chronological steps that determine the assumption of filiation, sexuaction and the status of the others. Depending on how this configuration occurs, this or that assumption of gender acquires clarity and the choice or exclusion of objects is defined. This is valid both regarding sexual orientation, as well as affinities or intolerances in social dynamics.

Keywords

Diversity, tolerance, sexuaction, gender, subjectivity

Filiation et tolérance à la diversité

Résumé

Cette présentation lie la tolérance à la diversité avec la conformation de la subjectivité. Le sujet est constitué selon différentes étapes logiques et chronologiques qui déterminent l'hypothèse de filiation, la sexuaction et le statut des autres. Selon la manière dont cette configuration se produit, tel ou telle hypothèse de genre acquiert de la clarté et le choix ou l'exclusion des objets est aussi définie. Ceci est valide tant dans l'orientation sexuelle que dans les affinités ou les intolérances dans les dynamiques sociales.

Mots clés

Diversité, tolérance, sexuaction, genre, subjectivité

Bibliografía

Freud, S. (1900). "La interpretación de los sueños". T. IV y V. Buenos Aires. Amorrortu, 1976.

___ (1914 b). "Introducción del narcisismo". T. XIV. Buenos Aires. Amorrortu, 1976.

___ (1915a). "Pulsiones y destinos de pulsión". T. XIV. Buenos Aires. Amorrortu, 1976.

___ (1915b). "La represión". T. XIV. Buenos Aires. Amorrortu, 1976.

___ (1917). "Conferencias de introducción al psicoanálisis". T. XVI. Buenos Aires. Amorrortu, 1976. ---- Conferencia 26. Teoría de la libido y narcisismo.

- (1920a). "Más allá del principio de placer". T. XVIII. Buenos Aires. Amorrortu, 1976.
- (1920b). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. T. XVIII. Buenos Aires. Amorrortu, 1976.
- (1923a [1922]) Dos artículos de enciclopedia: "Psicoanálisis" y "Teoría de la libido". T. XVIII, Buenos Aires. Amorrortu, 1976.
- (1923b) "El yo y el ello". T. XIX. Buenos Aires. Amorrortu, 1976.
- (1932). "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis". T. XXII. Buenos Aires. Amorrortu, 1976. "Conferencia 31. La descomposición de la personalidad psíquica".
- (1937) "Análisis terminable e interminable", T. XXIII. Buenos Aires. Amorrortu, 1976.
- Lacan, Jacques (1955). "Función y campo de la palabra y del lenguaje en Psicoanálisis", en *Escritos I*. Siglo XXI, 1975.
- ___ (1949) "El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en *Escritos I*. Siglo XXI, 1975.
- ___ (1958) "La significación del falo", en *Escritos. I*. Siglo XXI, 1975.
- ___ (1960) "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos II*. Siglo XXI, 1975.
- (1958b). "La dirección de la cura y los principios de su poder", en *Escritos II*. Buenos Aires. Siglo XXI, 1975.
- ___ (1962-1963) *Seminario. Libro 10, La angustia (1962-63)*. Buenos Aires. Paidós, 2008.
- ___ (1964). *El Seminario. Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós, 1986.
- ___ (1971-1972) *Seminario 19. ...o peor*. Buenos Aires. Paidós, 2012.
- (1972-1973) *El Seminario 20: Aún*. Barcelona. Paidós, 1981.
- Foucault, Michel. *Arqueología del saber*. Buenos Aires. Siglo XXI, 2008.
- *Defender la sociedad*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Peskin, L. *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires. Paidós, 2003 (reeditado en 2008).
- *La realidad, el sujeto y el objeto*. Buenos Aires. Paidós, 2015.